

WILLIAM M. THACKERAY

DIARIO DE UNA TRAVESÍA
DESDE CORNHILL HASTA EL CAIRO

DEDICATORIA

Al capitán Samuel Lewis, de la «Peninsular and Oriental Steam Navigation Company»¹.

Estimado Lewis:

Tras un viaje en el que el capitán del barco ha demostrado insólita valentía, oficio, cordialidad y otras buenas cualidades, los pasajeros agradecidos, como muestra de su estima, le hacen entrega de teteras, jarritas, bandejas o algún que otro metal preciado. Entre los escritores, sin embargo, el lingote es un producto mucho más inusitado que el papel, material del que yo me he servido para este pequeño volumen que le ruego que acepte. Contiene unos pocos apuntes sobre un viaje que su aptitud y amabilidad hicieron el doble de placentero y del que no creo que conserve mejor recuerdo que el de su amistad.

Si la noble compañía a la que usted sirve como capitán, y cuya flota por sí sola ya la convierte en una potencia marítima de tercera clase en Europa, decidiera nombrar algún almirante en su ejército, espero oír que su bandera se iza en uno de los barcos de mayor categoría. Pero ni siquiera en él, confío, olvidará usted el Iberia ni el magnífico crucero que hicimos por el Mediterráneo el otoño de 1844.

Reciba el más afectuoso de los saludos.

W.M. Thackeray
Londres, 24 de diciembre de 1845

¹ En inglés: «Compañía oriental y peninsular de navegación».

PREFACIO

El 20 de agosto de 1844, el escritor de este librito fue a cenar al Club..., desconocedor de los maravillosos acontecimientos que el destino le tenía reservado.

Ahí se encontraba el señor William, que celebraba una cena de despedida para su amigo el señor James, ahora *sir* James. Ambos quisieron contar con la presencia del señor Titmarsh y, como es natural, la conversación recayó sobre el viaje que el señor James estaba a punto de emprender. La «Peninsular and Oriental Company» había organizado una excursión por el Mediterráneo, y en dos meses verían tantas personas y ciudades como Ulises en diez años. Malta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Jerusalén y El Cairo se contaban entre los destinos y todo el mundo estaría de vuelta en Londres para el día del Lord Mayor².

La idea de contemplar estos famosos lugares avivó el ánimo del señor Titmarsh, y el señor James se encargó de ensalzar con elocuencia los encantos del viaje:

—Venga —dijo el amable y hospitalario caballero— y forme parte de mi familia en este viaje. Probablemente, jamás en la vida vuelva a tener la oportunidad de ver tanto en tan poco tiempo. Sópelo: es tan fácil como ir a París o a Baden.

El señor Titmarsh sopesó todos estos factores pero también los inconvenientes de la situación. Apenas disponía de treinta y seis horas para preparar tan portentoso viaje, y tenía compromisos en casa. Y lo que es más: ¿podía permitirselo? Sin embargo, a pesar de

² Festividad que celebra la elección anual del alcalde (Lord Mayor) de la City de Londres. Coincide con el día de Michaelmas, la fiesta del arcángel San Miguel, el 29 de septiembre.

las objeciones, digamos que el entusiasmo fue aumentando a cada vaso de burdeos y los inconvenientes se disiparon.

Y cuando el señor James, para rematar, dijo que no le cabía la menor duda de que sus amigos, los directores de la «Peninsular and Oriental Company», obsequiarían al señor Titmarsh con una litera para el viaje, todas las objeciones cesaron por su parte. Tuvo entonces que cancelar los compromisos pendientes, escribir cartas a su estupefacta familia pidiendo que no lo esperaran para cenar en dos sábados, pues estaría en Jerusalén, y hacerse con dieciocho camisas y una reserva de pantalones rusos de dril. En veinticuatro horas despachó todas estas tareas. Y así, con el pretexto de las presentes memorias, el 22 de agosto partía a bordo del Lady Mary Wood desde Southampton, maravillado por contarse entre los pasajeros del barco.

Todas estas importantes aseveraciones responden a la incredulidad de algunos amigos que siguen pensando que el escritor nunca viajó al extranjero y que las siguientes páginas nacieron de su imaginación durante un retiro en Putney. Pero sobre todo para darse la oportunidad de agradecer al director de la compañía por tan maravillosa excursión.

Fue en mi opinión un viaje tan agradable, tan encantador y tan provechoso que su enorme impronta persistirá toda la vida; genera tantas fuentes nuevas de información que la carta a un periódico desde Beirut, Malta o Argel ahora cobra el doble de valor. Es por ello por lo que no puedo dejar de recomendar a toda persona que disponga de tiempo y medios que emprenda un viaje similar. Invito a los ociosos a que prolonguen sus vacaciones y a que prosigan sus viajes. Pero sobre todo animo a los jóvenes con formación y a punto de entrar en la madurez a que se embarquen en un viaje como este; que lo hagan, digamos, después de la universidad, cuando los libros aprendidos están aún recientes. Los animo a que sean testigos de la vida, las ciudades y sus gentes, del verdadero aspecto de la naturaleza que se extiende en las famosas costas del Mediterráneo.

CAPÍTULO I

VIGO

Esta mañana el sol sacó a todos los indispuestos de sus literas, y por suerte cesaron los indescritibles quejidos y ruidos que salían de detrás de las puertas tan bien pintadas a ambos lados del camarote. Mucho antes del alba, me di cuenta por fortuna de que ya no era pertinente seguir en posición horizontal y, en el mismo instante en que esta verdad se hizo evidente, me dirigí a la cubierta, a las dos de la mañana, para ver la noble luna llena que se hundía al oeste y los millones de estrellas brillantes que refulgían en el cielo. La noche era tan serenamente pura que de ellas se tenía una magnífica perspectiva aérea. El cielo azul las envolvía y otros cuerpos distantes brillaban en lo alto, hasta que su fulgor se apagaba poco a poco en la distancia inconmensurable. El barco surcaba un mar intenso, sofocante y calmo. La brisa soplaba cálida y suave, muy diferente al aire rígido que dos días atrás habíamos dejado en la Isla de Wight. La campana seguía sonando cada media hora y el compañero me explicó el misterio de la guardia y la guardia de cuartillo.

La noble estampa palió de repente todos los infortunios y desconciertos derivados del mareo y, si hubiera alguna necesidad de develar tales secretos al público, muchas más cosas positivas que negativas cabría contar de aquella agradable mañana. Pero son varias las emociones de las que un hombre no debe hablar con reservas, y entre ellas están los sentimientos que despierta esta naturaleza inmensa, magnífica y armoniosa. Su imagen provoca un placer y un éxtasis que no solo cuesta describir, sino que encierra secretos inefables para la voz de un hombre. La esperanza, el recuerdo, la humildad, el cariño hacia los amigos queridos, el amor inexpresable y el respeto hacia

el Poder que creó el universo infinito, eternamente resplandeciente en el cielo, y el vasto océano que brilla y ondea alrededor colman el corazón de una felicidad solemne y humilde, inusitada para el habitante de la ciudad, que en este preciso instante deja atrás las fiestas de Londres: los delicados ojitos se cierran y duermen en el regazo de la madre. ¡Qué lejanos quedan los placeres y atenciones de la ciudad! ¡Qué pequeños e insignificantes parecen, menguantes en el horizonte ante el magnífico resplandor de la Naturaleza! Pero es solo a su amparo donde crecen y se forjan los mejores pensamientos. En lo alto brilla el cielo y el espíritu se rebaja, lo contempla y se inclina ante su sabiduría y belleza infinitas. Sin embargo, uno no deja de sentirse en casa y siente que todo está en su sitio, por muy lejos que esta parezca. Y a medida que se distancia, el corazón se inquieta por ello, radiante y atento como las calmas estrellas del firmamento.

El día transcurrió tan apacible y tranquilo como la noche. A las siete, de repente una campana empezó a repicar de forma muy similar a la de una iglesia de campo, y al llegar a la cubierta vimos un toldo desplegado y un atril cubierto por una bandera junto a la brújula. Allí se congregaron la tripulación y los pasajeros para oír la voz varonil y respetuosa del capitán officiar la misa. Fue esta también una experiencia primeriza y emocionante. Montañas púrpuras y puntiagudas se elevaban a la izquierda del barco: eran Finisterre y la costa de Galicia. El cielo lucía impoluto y brillante, el vasto y oscuro océano sonreía en calma a nuestro alrededor y el barco continuaba la marcha mientras en su interior la gente veneraba al Creador.

Por ser el día que era, se anunció que en la cena se agasajaría a los pasajeros con champán. Y así, este estimulante licor fue servido en proporciones generosas mientras la tripulación bebía a la salud del capitán y expresaba los correspondientes agradecimientos y cumplidos. Apenas había terminado la fiesta cuando nos vimos rodeando el cabo de la bahía de Vigo, al mismo tiempo que pasábamos por una isla sombría y alta de montañas rocosas situada en el centro de la misma.

Si avistar la tierra es siempre muestra de bienvenida para el marino abatido, después de los peligros y las fatigas de un viaje de tres días, o si el lugar es ya de por sí extraordinariamente hermoso no es algo